

Si nos remontamos al comienzo de la primera Iglesia que se fundó en la tierra, podremos ver que Jesús buscó a personas sumamente preparadas, educadas, de excelente posición social, con tiempo disponible... Un momento, creo que me estoy equivocando. El primer grupo de discípulos era totalmente contrario a lo que cualquier mente humana elegiría para comenzar una de las empresas con más crecimiento y duración que existió en el mundo: el reino de Dios entre nosotros. Después de estar un tiempo entre los hombres, y de tener contacto con varias personas, Jesús eligió un pequeño grupo de doce hombres de los que tenemos muy pocos detalles, aunque podemos reconocer entre ellos a dos pescadores, un cobrador de impuestos que trabajaba para los romanos, un miembro de un grupo revolucionario, dos hijos del dueño de una empresa de pesca, y algunos otros hombres sin demasiadas características para resaltar. Era un grupo de hombres bastante heterogéneo, con pocas cosas e intereses comunes, muy distintos entre sí y, sobre todo, personas corrientes y simples.

Tal como en esa oportunidad, los primeros hermanos que comenzaron la obra eran personas comunes y corrientes. Muchos de los que ahora estarán leyendo estas páginas, recordarán que Remigio Prieto, que es el encargado de hablar cada aniversario de la Iglesia, dado que es uno de los miembros fundadores, menciona siempre que se reunían en un pequeño galpón de la calle Carriego y que era un grupo de siete hermanos que habían salido de la Iglesia del Redentor. No todos son conocidos por nosotros, sin embargo me gustó la idea de investigar algo de la vida de ellos para poder tener una imagen de cómo eran y recordarlos como quienes dieron este salto de fe para que nosotros hoy estemos en este lugar.

Primeramente cabe aclarar que, aunque se mencionan siempre siete hombres, ellos estaban acompañados de sus esposas e hijos. ¿Por qué entonces se recuerdan solamente los hombres? Ellos eran los que tenían las reuniones en las que se delineaban los pasos a seguir, las conversaciones con autoridades de la Asociación de Iglesias Bautistas, los que representaban al grupo que en realidad sumaba unas 26 personas contando sus familias, de las que ellos eran cabeza. Debido a que las reuniones de este tipo se hacían por las noches, en el horario en que cada uno terminaba su trabajo, las mujeres permanecían excluidas, ya que se quedaban en sus hogares con los niños.

Sin embargo a las reuniones de oración y a los cultos dominicales, asistían todos, formando un grupo bastante alentador para un comienzo. En estos momentos recuerdo las palabras del misionero Randy Whittall que decía que solamente eran necesarias un par de familias para comenzar una obra, porque con un grupo que parece pequeño, podremos encontrar hombres, mujeres, niños y algunos jóvenes y adolescentes.

Antes de seguir con la historia de la Iglesia, vamos a recordar la vida de cada uno de ellos, para homenajearlos con el recuerdo, agradeciendo su empuje y la fortaleza de sus convicciones, que permitió que nuestra amada Bethel se levantara aquí en este lugar.

Uno de los que dio origen a que este grupo se formara, y quien aún está entre nosotros es nuestro hermano Remigio Prieto. El había nacido en Juncal y conocido el Evangelio allí, y luego de algunas vueltas de la vida, vino a vivir a Rosario. En el momento de los inicios trabajaba como empleado en la empresa Remington, que hacía máquinas de escribir. Esto fue por poco tiempo, ya que después se independizó instalando un taller de baterías en un local que compartía con su hermano José. Estaba casado con María Ester García y ya tenía sus dos hijas: Beatriz y Noemí, que eran apenas dos niñas de apenas seis y dos años.

Quien lo acompañó dando los primeros pasos fue su hermano José Prieto, que unos años más tarde llegaría a ser el primer pastor ordenado en nuestra congregación. El, como su hermano, había conocido el Evangelio en Juncal, y también se había

mudado a Rosario. Era propietario de un taller de electricidad del automotor en un local que compartía con su hermano Remigio. Estaba casado con Antonia Carignano y también tenía dos hijos: Hilda y José David, que eran unos años mayores que sus primas.

El dueño del galpón de la calle Carriego 481, donde se comenzaron a tener las reuniones era el hermano Miguel Carvi. El vivía en el mismo lugar, la casa estaba adelante, y el pequeño galpón de madera, estaba ubicado detrás de la misma. Sin él hubiera sido casi imposible llevar el proyecto adelante, sin embargo, con gusto ofreció todo lo que tenía, y eso fue el lugar de reuniones por un tiempo. Era gestor dedicado a trámites e impuestos. Estaba casado con Elena Leticia y tenían dos hijos: Carlos de siete años, y Elizabeth, dos años menor que él. Ellos concurrían con la madre del hermano Carvi, Rosario Gaitán.

Quien construyó y luego trajo desde la Iglesia del Redentor el atril que todavía conservamos, era el hermano Braulio Peralta. El tenía un oficio que en esta época nos suena casi ficticio, era cobrador de la luz, e iba casa por casa para realizar la tarea. En esos años, la empresa de electricidad contaba con empleados para tal fin que eran poco menos que amigos de las familias, ya que si las mismas no contaban con el dinero, pasaban días después para que las mismas pudieran reunirlo. Esta tarea se hacía caminando infinidad de cuadras o a caballo. El estaba casado con Consuelo y no tenían hijos.

Si bien las tareas, entre la que se encontraba la predicación de la Palabra de Dios, eran compartidas, ellos se organizaron desde el principio, con un encargado para coordinarlas. El primero de ellos fue el hermano Dionisio González. El era empleado administrativo de la empresa Remington, donde también trabajaba Remigio, y donde ambos se conocieron. Luego de eso trabajó en una fábrica de tractores ubicada en Granadero Baigorria, que luego llegó a ser Massey Ferguson. Unos años después de haber cumplido la tarea de encargado, fue invitado a asumir el pastorado, por lo que debía ordenarse como paso previo. Sin embargo, esto no pudo concretarse, porque desde la empresa le llegó un traslado a la ciudad de Buenos Aires, que no podría desestimar, ya que implicaría su despido. Muchos de los primeros hermanos recuerdan con cariño su función en medio de ellos, y, aunque no tuviera el cargo de pastor ordenado, era quien verdaderamente los pastoreaba en todo el sentido de la palabra. El estaba casado con María y tenía en ese momento dos hijas: Miriam de 14 años y Silvia, unos años más pequeña, y luego una tercera que nació estando en el templo de la calle Suiza y Casilda.

Otro de los hermanos fue Jorge Mamanna, que vivía en las inmediaciones del templo, en la calle Carrasco al 700. El era una persona que en sus comienzos fue muy humilde, trabajaba en una carbonería. Cuando conoció el Evangelio, siempre fue su testimonio que no solamente había cambiado su vida espiritual, sino también su vida secular, ya que empezaron a mejorar sus cosas y comenzó a trabajar en una compañía de electricidad de radios y televisores, progresando poco a poco. El estaba casado con Gladis Carpineta, hija de Emilia y Antonio que también eran del grupo de convertidos en Juncal y que luego fueron miembros de nuestra Iglesia hasta la muerte de ambos. El matrimonio Mamanna tenía una hija llamada Rut, conocida como "Ruti" por todos sus amigos.

Finalmente encontramos al hermano Saúl Klett. El había sido diácono en la Iglesia del Redentor. Era hijo de Clara y Pablo Klett que eran respectivamente Presidenta de la Sociedad Femenil y tesorero de la Iglesia del Redentor. Cuando estos dos hermanos, poco tiempo después, se unieron al grupo, se sintió un respaldo muy fuerte, ya que eran muy respetados. Saúl Klett trabajó en la compañía de gas, en la

tienda Buena Vista y también comenzó estudios universitarios, aunque no los completó. Estaba casado con Juana Mocciaro, hermana de la contadora Felisa Mocciaro, que también se comenzó a congregarse con el tiempo en la Iglesia Bethel, y quien fuera durante muchos años Revisora de Cuentas. El matrimonio de Saúl y Juana tenía dos hijas: Vilma y Nora, que también eran niñas.

Como pudimos ver no había nada que rescatáramos como sobresaliente en la vida de ninguno de ellos. Ninguno era doctor en teología, ni egresado de ningún seminario, ni siquiera tenían una posición económica importante. ¿Cuál fue el secreto entonces? Creo que la obediencia. Ellos habían escuchado lo que Dios esperaba para sus vidas, pero fueron hacedores y no tan solamente oidores. Con sus actos nos marcaron un camino de valentía, porque “se jugaron” por Dios, fueron más allá de sus sueños, y los concretaron, no porque fueran posibles, sino porque el Señor era la cabeza en medio de ellos. Pudieron entender de dónde venían las directivas y llevarlas adelante, confiando en la provisión de Aquel que tiene el control de todas las cosas. Las adversidades le dieron empuje, las pruebas los fortalecieron, los obstáculos los alentaron a avanzar. Sea desde aquí nuestra gratitud y nuestro reconocimiento, y Dios permita que, como entonces, su voluntad siga haciéndose aquí, en Bethel.